

VUELTA Y VUELTA

ÁLVARO «PEREGIL»

Tabernero

«¿La segunda modernización es lo de los gays?»

—¿Ha jugado alguna vez al golf?

—Nunca, pero en la mili le llevaba los palos al coche a un comandante. No sé dónde se juega a eso aquí en Sevilla. ¿En el Antares, quizás...?

—¿Navega en Internet o sólo en «La Goleta» y poco más?

—Hice la mili en la Marina, pero en el único barco que me he montado es en el «Luna de Sevilla» el día del Carmen. Nos llevaron a Astilleros y luego otra vez a la Torre del Oro. De Internet estoy cortito...

—Se ve que aquí el oleaje es fuerte, porque algunos salen mareados...

—(risas) Las olas del vino de naranja son de marejada a fuerte marejada.

—¿Ha oído hablar de la Segunda Modernización?

—Mmmm... Pues ahora mismo no caigo. ¿Eso tiene algo que ver con los gays...? Ahora piden más libertad, pero cuando yo era chico, en mi barrio había uno que le decían «la Minimorris» y entraba y salía a su gusto.

—O sea, que aquí no ha llegado la Segunda Modernización...

—Es que como no sé lo que es... Lo que sí le digo es que un cliente nos ha metido en Internet entre los bares «de ambiente». Yo lo he dejado, pero vienen algunos y ven que esto no es lo que les habían dicho.

—El último alcalde que estuvo acodado en esta barra, ¿lo recuerda?

—De candidatos vienen todos... Una vez pasó Soledad Becerril con Aznar por la puerta y estaba en la taberna un practicante que es muy republicano y que lleva siempre tirantes de la época de Azaña. No quise invitarlos para evitar conflictos.

—¿Y un cura?

—No diré nombres, pero entran muchos. Se toman su copita, con moderación, sus garbanzos... Uno siempre viene a darme la traca con mi Hermandad.

—¿Y un señorito?

—Lo único que le pido a la clientela es que sea feliz. Aquí tiene su sitio todo el mundo, sea marqués o «dinamarqués»... Había uno que decía de repente: «Alvarito, invito a la barra». Y yo pensaba: «No te jode, si la barra tiene metro y medio. Vete a la del Oriza, que tiene veinte metros, y di lo mismo allí...»

—¿El más artista que pasó por esta casa?

—Muchos: Carlos Herrera, María Jiménez... Estuvieron aquí hace poco los de Crónicas Marcianas: Latre y el otro que no sé cómo se llama.

—¿Y el más rumboso?

—Mi padre, sin duda.

—¿Del sitio más raro o más lejano que vinieron a su taberna?

—Todos los años viene un belga que es Benny Hill, por la gloria de mi madre. Y también uno de Australia que es igualito que Cocodrilo Dundee, con las botas así pa' arriba. Siempre me dice: «¿Te acuerdas de mí?...». Y yo le digo: «¿Pero tú te crees que aquí entran

De Santa Catalina, 30 años, hijo, nieto y bisnieto de taberneros de Manzanilla (Huelva).

Autoproclamado «príncipe de los caracoles», en el 98 se hizo cargo de «La Goleta» de Mateos

Gago y heredó los secretos del potaje y del aliño del tomate

TEXTO: JOSÉ M^a ARENZANA FOTO: DÍAZ JAPÓN

treinta como tú todos los días con esa pinta?...»

—¿Las guiris son valientes o se quedan a mirar desde la puerta?

—Lo que le deja dinero al barrio es el turismo nacional, sobre todo los valencianos, que se gastan lo que sea. Los guiris no entraban, excepto los italianos, pero ahora se atreven más. He metido los fines de semana unos camareeros muy guapos, uno de ellos licenciado en Historia, que están para meterlos en miel, y atraen unas extranjeras enormes.

—¿Ha aprendido idiomas desde ese lado de la barra?

—Una mijita de inglés. Un camarero que ya se ha jubilado, el Candi, veía entrar a un guiri y ya decía que no lo entendía. Y eso que a lo mejor le decía: «Pog favog, una servesa». Y el Candi: «¡Alvarito, mira a ver lo que quiere este señor que yo no lo entiendo!». A mí me salía muy bien lo de los «jandri»: «Uan jandri», «tchu jandri»..., pero eso con los euros se acabó.

—Por lo que se ve, su familia tiene ahora hasta una isla. Bueno, un islote...

—Cuando se enteró mi padre de que había un islote con ese nombre dijo: «¡Ea, ya soy como el Onassis y el Marlon Brando!».

—Tiene usted la tapa más patriótica del mercado, ¿no es eso?

—Estrenamos el «islote Peregil» en la Feria de la Tapa, con su banderita de España en todo lo alto. Fue un éxito.

—¿A quién se le ocurriría inventar

el vino?

—Uno de mi pueblo decía que el que se comiera una uva debería estar en la cárcel. Que la uva está para pisarla y hacer vino.

—¿Y por qué cree usted que el Islam prohíbe beber vino?

—Una vez le pregunté a un musulmán si podía comer jamón. Y me dijo: «Si es de pata negra, sí». (risas) Yo creo que probarían el vino y pensarían que es lujuria. No me extraña.

—Sin embargo, los cristianos es todo lo contrario. Algunas reglas de clausura permiten hasta protestar si se acaba el vino en el convento. ¿Se da cuenta?

—Sí, y además lo consagran.

—Convenza usted a Ben Laden de que se esté quietecito, con sus mulas...

—A ése y a unos pocos más. A mí me parece que utilizan la religión como el que usa el cuchillo de los ajos para matar al vecino.

—¿El mejor consejo que le dieron?

—Lo mejor, escuchar a Juan García Avilés, mi tío abuelo, que regentaba esta taberna. Era todo sabiduría. Una vez le dijo uno: «Voy a por dinero para pagar y ahora vuelvo». Le pidió en prenda un zapato y vino a pagar de inmediato.

—¿Y lo más simpático que escuchó últimamente?

—Hace poco entró un chaval con mala pinta y preguntó el precio de dos botellines. Se lo dije y le aclaré que tendría que traerme los cascos. Cuando me di

media vuelta para servirle, lo veo que está recogiendo los cascos de la calle. (risas)

—Había taberneros que hacían el milagro de Jesús pero a la inversa: convertían el vino en agua. Ya no existen, ¿no?

—No, ya no quedan de esos. Gamberros los había y empujaba la necesidad. Mi abuelo convertía el vino blanco en tinto con bicarbonato

—¿A usted le parece que vivimos felices, más o menos?

—Cada vez nos cuesta más trabajo encontrar la felicidad. Eso no se estudia en ningún lado. El problema de los problemas no es el problema, sino que vengan todos a la vez, como suele pasar.

—¿La gente sigue haciendo carreritas por los pasillos de esta casa...?

—El cartel de «No correr por los pasillos» del váter lo pusimos hace cinco años y ha sido un éxito. Es el único con publicidad antigua: mortadela de Siberia, Bromatil-Sevilla para los calvos...

—Póngale alguna pega a trabajar, tal como está la cosa...

—Un pariente decía que los Peregiles éramos muy moyatosos y muy apasionados, pero que para trabajar nunca hemos sido los primeros. Me levanté el otro día, me senté en el borde de la cama y lo primero que pensé es la pedazo de siesta que me iba a pegar por la tarde... A otro pariente que regentaba otra taberna y estaba sentado le pidió un cliente un vaso de vino y le dijo: «Vale, cuando venga otro os despacho a los dos a la vez».